Estilística del refrán

LUIS ALBERTO HERNANDO CUADRADO
Universidad Complutense de Madrid

Según J. Casares, el refrán consiste en «una frase completa e independiente, que en sentido directo o alegórico, y por lo general en forma sentenciosa y elíptica, expresa un pensamiento —hecho de experiencia, enseñanza, admonición, etc.—, a manera de juicio, en el que se relacionan por los menos dos ideas» (1993: § 86), definición que quedaría incompleta si no añadiera más adelante que «lleva siempre visibles las huellas de una elaboración estudiada y artificiosa» (§ 88).

Con mayor perspectiva, L. Combet considera el refrán como «una frase independiente, anónima y notoria que, en forma elíptica, directa o preferentemente figurada, expresa poéticamente una enseñanza o un consejo de orden moral o práctico» (1971: 58).

Los refranes constituyen, en efecto, textos independientes aunque no aislados, puesto que se insertan en el discurso oral o escrito, sin diluirse en él, con entonación independiente, como «comodines de que dispone la lengua, susceptibles de ser empleados en las más diversas situaciones y de los que se desprende siempre una enseñanza para el interlocutor; pueden ser utilizados para esta función cuando su adecuación a las circunstancias en que aparecen es la apropiada a su significado. Mediante ellos el hablante resume lo dicho, justificándolo con una cita que le confiere autoridad debido a su vigencia en el pueblo» (Díaz Padilla, 1985: 133).

Los refranes poseen un ritmo muy marcado, que pone de relieve su independencia tonal y su vertebración interna, en cuya percepción, como hace notar S. Chatman, lo verdaderamente decisivo es «la impresión de proporción o equivalencia, no una exacta proporción de equivalencia» (1965: 22). La estructura rítmica de los refranes, de acuerdo con el contenido conceptual de paralelismo o contraposición de nociones, suele ser bimembre («No digas tu menester a quien no te ha de socorrer») o, por ampliación, plurimembre («Al matar de los puercos, placeres y juegos; al comer de las morcillas, placeres y risas; al pagar de los dineros, pesares y duelos»), aunque, dada su tendencia a la elipsis, hay casos en que sólo presentan explícitamente uno de los términos del juicio, por lo que su estructura es unimembre: «No es oro todo lo que reluce».

La mayoría de las veces, los refranes ofrecen una disposición bimembre, con una pausa intermedia y sus dos cláusulas rimadas, en consonante («Casa cerr*ada*, casa arruin*ada*») o en asonante («Unos tienen la f*ama* y otros cardan la l*ana*»), isosilábicas (como los anteriores) o anisosilábicas: «Mala es la ll*aga* que con vino no s*ana*».

En muchos refranes, se atiende más a la rima que al metro: «Con gente mal criada, nada». En aquellos otros en que la rima, la distribución acentual y el metro se dan a la vez, las combinaciones más frecuentes son las de tres sílabas («¿Tuviste...? Venciste»), cuatro («A pan duro, diente agudo»), cinco («Bien canta Marta después de harta»), seis («Por Todos los Santos, los trigos sembrados»), siete («El arado, rabudo, y el arador, barbudo») y ocho: «Una huerta es un tesoro si el hortelano es un moro».

La rima cumple una misión estructurante al servicio de la consolidación y autonomía del refrán, en cuanto mensaje literal, cuya primera cláusula constituye un movimiento tensivo, una petición de cierre, y la segunda, con su rima, consonante o asonante, un movimiento de vuelta a la anterior, concluyéndola y delimitando el todo como unidad independiente.

La función estructurante del homeoteleuton es la que ocasiona las maquinaciones que se efectúan en la terminación de las dos cláusulas con vistas al logro de la rima. El ripio, combatido en el verso, es un recurso normal en el refrán. A ello alude, sin duda, G. Correas cuando, en su interpretación de «A las nueve, alza el rabo a la perra y bebe», indica que «hacen pulla de la consonancia» (1992: 24).

La forma más elemental de este artificio consiste en la introducción de un nombre propio al final de uno de los miembros para que se aparee con el otro: «El asnillo de *Caracena*, mientras más andaba más ruin era». La indiferencia del nombre propio elegido, que se encuentra allí sólo para rimar, justifica su presencia en numerosos refranes: «Hermano *Gómez*, no reces el Avemaría ofendiendo al Paternóster»; «Pase adelante, señora doña *Violante*»; «Al ruin de *Roma*, en mentándole luego asoma».

En el refranero, se registran figuras retóricas como la metáfora («Los años *son escobas que nos van barriendo hacia la fosa*»), comparación («La ley, *como la telaraña*, suelta al ratón y a la mosca apaña»), retruécano («A quien guarda su casa, su casa le guarda»), anáfora («*Juegos de* manos, *juegos de* villanos»), reduplicación («Castellano fino, el *pan pan* y el *vino vino*»), dilogía («Ermita y locura, no tienen *cura*»), paronomasia («Los que a ladrones se pasan, cuando los *asen* los *asan*»), calambur («Servil, *ser vil*»), aliteración («*Curso, casamiento y caída quitan* al viejo la vida»), onomatopeya («*Donde dan dan, donde dan dan*, dicen las campanas al sacristán») y juego de palabras: «El *perdido* que es *perdido*, que de *perdido se pierde*, que *se pierda*, ¡qué *se pierde*!»

En esta línea, en ocasiones, para demostrar que los refranes no nacen ayunos de cultura, sus anónimos autores hacen gala de perspicaces conocimientos de prosodia («*Mondariz* será *Mondáriz* cuando la *nariz* sea *náriz*»), ortografía («*Ay* del que dice *¡ay!*, y lo dice porque no *hay*»), gramática («Al malo, palo, y al enfermo, regalo; el uno *es* malo y el otro *está* malo»), léxico («Nueve cosas hubo en la boda de Antón: *cochino, marrano, verraco* y *lechón, cerdo, puerco, chancho, tocino* y *jamón*»), aritmética («*Guarismo* eres y no más; según donde te pongas, así valdrás»), física («Tanto sube el agua cuanto baja»), ciencias naturales («Todo árbol es madera, pero el *pino* no es *caoba*»), historia («Después de la *Reina de Castilla*, la *Bobadilla*»)... y hasta de latín: «Amigo Pedro, amigo Juan; pero más amiga la verdad» (< *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, en Horacio).

Los refranes, habida cuenta de su permanencia a través de los siglos, no es raro que contengan arcaísmos («Hoy venida, *cras* garrida»); pero, para extrañar y ser mejor retenidos, cuentan también con regionalismos («El *mocizo* y la borona al cachorro envalentona»), dialectalismos («Por San Antolín, cada *caballu ye* rocín») y, eventualmente, latinismos («Viejo que boda hace, *requiescat in pace*») o voces procedentes de otras lenguas románicas («Quien primero va, primero *manjará*»), además de otras deformadas («El agua no embeoda ni *endeoda*»), de significado confuso («Boca *brozosa*, cría mujer hermosa») o, incluso, inventadas: «Hocico *dambico*, varitas os dio padre».

Abundan los refranes en cuya estructura, sobre todo al comienzo, figura un nombre sin determinante («*Hombre* de buena ley, tiene palabra de rey») o un relativo de generalización, bajo las formas *el que* («*El que* en mentira es cogido, cuando dice verdad no es creído») o *quien*: «*Quien* comiendo es callado, no pierde bocado».

La estructura de un amplio porcentaje de refranes es la de una frase nominal, en la que, elidido el verbo, copulativo («Casa sin moradores, [es] nido de ratones») o predicativo («La pierna [se cura] en el lecho y el brazo en el pecho»), se acentúa el rasgo de intemporalidad del contenido significativo.

En aquellos otros refranes que responden a la estructura de una oración, y, por tanto, llevan verbo explícito, éste, al expresar, la mayor parte de las veces, una idea de validez permanente, va en presente de indicativo, la forma verbal no marcada, en su modalidad gnómica: «Quien *es* de buen natural, de nadie *habla* mal».

Los refranes que contienen una instrucción que marca una pauta de comportamiento aplicable en cualquier época suelen estar formulados en imperativo («Para hacer las cosas bien, *guarda* en todo un ten con ten»), presente de subjuntivo («A la mujer muy casera, su marido bien la *quiera*»), *no* + presente de subjuntivo («*No alabes* lo que no sabes») o futuro imperfecto de indicativo: «Al bueno *buscarás* y del malo *te apartarás*».

El presente de subjuntivo, otras veces, tiene un valor desiderativo («Pues mi mal deseas, antes *ciegues* que tal veas»), y el futuro imperfecto de indicativo («Alegrías y pesares te *vendrán* sin que los buscares»), así como los pretéritos indefinido («Calor de paño jamás *hizo* daño»), imperfecto («Allí *estaba* quien lo vio, pero no *era* yo») y perfecto («A quien *has descubierto* celada, de ese te guarda») de indicativo, o el condicional simple («Predicar en desierto, *sería* gran desacierto»), a pesar de situar la acción en un punto determinado del tiempo en relación con un eje que se toma como punto de referencia, no merman el carácter intemporal del mensaje de los refranes en que se utilizan.

Hay refranes que, normalmente por elipsis de un verbo en forma personal, llevan el verbo en forma no personal, en infinitivo («Primero, [hay que] *pensar*, y después, *hablar*»), gerundio («[hay que estar] A Dios *rogando*, y con el mazo *dando*») y participio: «Casa mal guardada, pronto [es] *robada*».

En la lengua de los refranes, resulta, igualmente, muy característico el empleo del futuro imperfecto de subjuntivo («La mujer con quien *casares*, no te gane en heredades») y de la construcción condicional en cuya prótasis el verbo está en imperativo y en la apódosis en futuro imperfecto de indicativo: «*Ve* donde no te llaman, y *volverás* con las orejas gachas» ('Si vas..., volverás...').

El fenómeno de la topicalización, o selección de un constituyente del enunciado como tema de la predicación, situándolo al comienzo del esquema sintagmático y separándolo del resto del mismo mediante una pausa, está muy generalizado en este tipo de lengua: «*Quien acierta en el casar*, nada le queda que acertar».

Con frecuencia, el verbo va precedido del aditamento («Cuando el diablo no tiene qué hacer, *con el rabo* mata moscas»), del implemento («Cuentas claras, *la amistad* alargan»), del suplemento («Cuando *de las mujeres* hables, acuérdate de tu madre»), del complemento («*Al que nunca bebe vino,* no *le* fíes ni un comino») o del atributo: «Beber y comer *buen pasatiempo* es».

Además de los abundantes casos de enclisis de los pronombres personales átonos con las formas verbales simples de indicativo («*Dannos* la mano, y *tomámonos* el brazo»), otras veces se registran combinaciones como éstas: verbo + pronombre personal sujeto («Del amigo y del traidor, guárdeme Dios, pues no puedo *yo*»), complemento preposicional del nombre + verbo copulativo + nombre («El avaro, *de su oro* no es *dueño*, sino esclavo»), adverbio + verbo copulativo + complemento preposicional del adverbio («Cuando el viejo no bebe, *cerca* está *de la muerte*»), antecedente del relativo + verbo predicativo + relativo («De *aquel* no debes fiar a *quien* tú hiciste mal») o nombre + determinante: «Decir sí *veces tres*, negar es».

Como en el ritualismo formal de la lírica popular o del romancero viejo, muchos refranes se ajustan a ciertos moldes sintácticos, como *más vale... que...* («*Más vale* callar, *que* con necios altercar»), *cuanto más... tanto más...* («*Cuanto más* tarde nacido, *tanto más* querido»), *no hay tal... como...* («*No hay tal* razón *como* la del bastón»), *a buen... buen...* («*A buen* adquisidor, *buen* expendedor»), *a tal... tal...* («*A tal* Señor, *tal* honor»), etc., que se repiten con mayor o menor profusión.

Hay refranes que presentan una forma dialogada: «—Pereza, ¿quieres sopas? —Unas pocas. —Ve por la taza. —Ya se me quitó la gana»; «—¿Adónde vas, Antón? —A casa de Colás. —A buena parte vas»; «—¿Qué haces, Juan? —No hago *na*. —¿Y tú, Pedro? —Ayudo a Juan». Algunos de estos dialoguillos recuerdan las preguntas y respuestas de los libros infantiles: «—¿Qué es la vejez? —Estornudar, toser y preguntar qué hora es».

En otros refranes, mediante el empleo de la forma descriptiva, se logran plenos aciertos literarios: «Tablilla de mesón, a los demás hospeda y ella al raso se queda»; «Hidalgo en aldea, por

fuerza ayuna y por costumbre reza»; «Las abarcas del serrano duran un año: tres meses nuevas, tres rotas, tres compuestas y tres en los pies». Incluso, existen refranes en los que aparecen descritas escenas con estilo novelado: «Pan no había; la madre rezaba y decía: *El pan nuestro de cada día...*; la hija suspiraba y sonreía».

Frente a la palabra, unidad esencialmente designativa y referencial, en la que cuenta, ante todo, lo que dice y, secundariamente, cómo lo dice, el refrán posee un carácter eminentemente connotativo, en el que el cómo es lo fundamental y característico, arrojando como resultado de la suma de ambos factores un sentido polivalente y ambiguo.

Por eso, desde el siglo XVI, se ha venido hablando de la oscuridad del refrán, la cual, según J. Fernández-Sevilla, «deriva en ocasiones de las circunstancias socioculturales e históricas en que tuvo su origen el refrán; en otros casos, tal oscuridad le viene del carácter metafórico que ordinariamente tiene y que también ha sido destacado por los paremiólogos» (1985: 93).

De acuerdo con este autor, podemos distinguir dos grados de sentido metafórico o figurado en los refranes. En el primero, se encuentran los que, teniendo un sentido recto fuera de contexto, al aplicarse a una situación concreta, éste resulta figurado («El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»), y, en el segundo, los que en sí mismos tienen ya sentido figurado y sólo pueden ser interpretados de esta manera: «La sangre sin fuego hierve» (93-94).

Los refranes, dada su transmisión oral a lo largo del tiempo, a veces presentan variantes, debidas a imperfecciones inconscientes en la reproducción del modelo o a modificaciones conscientes. En «Un *alma* sola, ni canta ni llora» y en «Un *ave* sola, ni canta ni llora», varía la palabra clave. En «Canonista y no legista, no vale una arista» y en «Canonista sin leyes, arador sin bueyes», que sólo tienen en común el nombre sujeto, conservando el mismo sentido, la variación se hace más notoria. En «La suerte de la fea, la bonita la desea» y en «La dicha de la fea, la guapa la desea», permanecen no sólo los elementos lexicológicamente más relevantes, sino los que sustentan la rima. Las diferencias se agrandan en «Viejo (duro) está (es ya) el alcacer para zampoñas» y en «No está el horno para bollos», que pueden considerarse como cuasi sinónimos. Incluso, en ocasiones, las variantes dan lugar a constelaciones, ramas y familias, como en «Quien quisiere mula sin tacha, ándese a pata», «Quien quiere mula sin tacha, a pie se anda», «Quien quisiere mula sin tacha, estése sin ella», «El que quiere caballo sin tacha, ése se anda a pata».

El reconocimiento de las variantes nos lleva a postular la existencia de invariantes, que la investigación deberá determinar en cada caso. Los paremiólogos, con un criterio ideológico, suelen establecer invariantes de sentido. Por ejemplo, L. Martínez Kleiser considera variantes, por un lado, las que «al exponer el mismo pensamiento, emplean asonancias distintas y las que añaden o suprimen algún término especulativo del refrán» (1993: XXVII) y, por otro, las que «ofrecen distintas modalidades de la misma concepción, aun cuando cada una exista con vida independiente» (XXIV), con lo que, como se puede ver, concede prioridad al contenido y a la intencionalidad sobre los restantes factores. De esta manera, «Para pan y cebolleta, no toques trompeta», «Para pan y ensalada, ni trompeta ni nada», «Para pan y morcilla, no toques campanilla», «Para pan y sardina, no toques bocina» y «Para platillos de salpicón, no toques esquilón» son consideradas variantes de hecho de un mismo tema, lo cual no deja de responder a una realidad; pero debe repararse en la identidad de estructura y en la presencia de invariantes léxico-gramaticales, factores que el análisis lingüístico no puede pasar por alto.

En ocasiones, las ramas de algunos refranes primitivos resultan podadas con el transcurso del tiempo, conservándose solamente el tronco robusto de la idea madre. Así, *Corte o cortijo* surgió del refrán completo «Bien dijo el que dijo *corte o cortijo*», del mismo modo que la variante «*O corte o cortijo*, sabio el que lo dijo».

Existe un nutrido número de refranes que, como el anterior, limados por el uso, se encuentran sintetizados, conservándose únicamente la primera parte, mientras que la segunda se ha omitido: «Por dinero baila el perro [no por el son que toca el ciego]»; «En todas partes cuecen habas [y en mi casa a calderadas]»; «Quien tiene boca se equivoca [pero quien tiene seso, no dice eso]».

En otros refranes, por el contrario, se ha ampliado el texto por sedimentación, habiéndose superpuesto al esquema sintagmático originario otro que lo completa, refuerza su sentido o lo reviste de ironía: «A gran cabeza, gran talento [si es que lo tiene dentro]»; «Cobra buena fama y échate a dormir [y mira no te duermas, porque no la pierdas]»; «Al que yo bien quiera, la mujer se le muera [la mala, que no la buena]».

Ciertos refranes contienen un seudoestrambote que a veces se convierte por sí mismo en un nuevo refrán capaz de ser expresado aisladamente: «Quien tiene suegra, cedo se le muera [quien tiene nuera, quemada la vea]»; «Ese es amigo que socorre al amigo [y ese llamo socorro con el corro]».

Las modificaciones, muchas veces, corrigen y amplían la primera significación del refrán, como sucede, por ejemplo, en «Por sólo querer no se hace mal», afirmado con tan erróneo criterio como el de la paralela doctrina culta que sostuvo que «el pensamiento no delinque»; sin embargo, el pueblo, con un buen sentido de la orientación, tuvo un gran acierto al completarlo con el reparo «Pero el pensar es víspera del ejecutar».

No faltan formas ulteriores aclaratorias de las originales, que se manifiestan, desde su cuna, con vida independiente. En este sentido, por ejemplo, «Se parecen como un huevo a otro huevo» vio nacer el distingo sutil y emancipado «Bien se diferencian dos huevos, si el uno es grande y el otro pequeño».

En el refranero, se indica que «Los refranes son evangelios chiquitos» y, por ello, se asegura que «Los refranes no engañan a nadie», que «Decir refranes es decir verdades», que «Todos los refranes son verdaderos» o que, en última instancia, «Refranes que no sean verdaderos y febreros que no sean locos, pocos».

Además, en varios refranes, se refleja la idea de que éstos, como los vinos, necesitan añejarse en la bodega de la memoria para enranciar su veracidad: «No hay refrán viejo que no sea verdadero»; «Refrán viejo nunca miente»; «Los refranes viejos son profecías»; «Los refranes viejos todos son sentencias»; «Refranes heredados, evangelios abreviados»; «Cuando el refrán viejo habla, deja caer una acera de casas». Por eso, se recomienda seguir sus instrucciones en caso de necesidad: «El que se viere solo y desfavorecido, aconséjese de los refranes antiguos».

Sin embargo, los mismos defensores de la veracidad de los refranes suelen reconocer que no todos son verdaderos, como los supersticiosos («Pascua marzal, o hambre o mortandad»), o los que se limitan a ofrecernos fórmulas consagradas por el uso para declarar algo evidente («Verde y con asa, alcarraza»), para rechazar una petición («Veníos otro día, que ahora está aquí mi tía») o para distinguir entre objetos o ideas («Una cosa es el cetro y otra el plectro»), los que comentan un lance gracioso («¡Vaya un paso!, y pasaba Judas»), los que subrayan una curiosidad expectante («Vamos a ver cómo baila Miguel; si baila mal o baila bien»), los disparados por un pensamiento despectivo («Valientes tres, Araña, Concha y Cortés») o los que señalan la infrecuencia de un hecho: «De higos a brevas, larga la llevas».

Frente a quienes proclaman la veracidad de la mayoría de los refranes, F. Sacristán alega que no todos los que él ha recopilado en el *Doctrinal de Juan del Pueblo* son evangelios chicos y que «algunos rabian de verse juntos» (1907: XV), afirmación que corrobora con la siguiente fabulilla de M. A. Príncipe titulada *Los refranes*: «Dice un refrán: *En casa del gaitero / todo bicho viviente / sale tamborilero*; // y otro dice a su vez: *¿En casa del herrero? / Pues cuchillo de palo es consiguiente*; // y a eso dice mi potro: / o miente el un refrán o miente el otro. // Traslado a los Pericos y a los Juanes / que miran otros tantos Evangelios / en todos los Adagios y Refranes».

Por el contrario, F. Rodríguez Marín sostiene que, en relación con la fiabilidad o infiabilidad de los refranes, de acuerdo con uno de ellos, «De todo tiene la viña: uvas, pámpanos y agraz», y que «los más de los escritores que han tratado de esta materia no comenzaron por donde debían: por estudiarla y conocerla a fondo; no se enteraron del sentido y significación, no siempre patentes, de las máximas del saber popular» (XLI).

De esta manera, a veces, al versar el refrán sobre un tema opinable, surge la controversia y pugnan las apreciaciones contradictorias entre sí. Unos dicen, por ejemplo, «Quien calla otorga», y

otros responden que «Quien calla a lo que se pidió, dice que no»; mientras que unos aconsejan «Haz bien y no mires a quién», otros previenen de ello con «Hacer bien sin saber a quién, peligro *tien*».

Los refranes de sentido opuesto, detrás de las aparentes controversias, también nos ofrecen concordancias de opinión: «Pasión no quita conocimiento» y «Pasión nubla conocimiento» tienen una significación paralela (en el primer caso, se sintetiza elípticamente el deseo de que nuestro raciocinio no sea ofuscado por la pasión, y, en el segundo, se reconoce que la pasión es ciega); «Una espiga no hace manojo» y «Una gota mengua la bota» encierran recomendaciones de desprendimiento y ahorro, respectivamente, que conviven en armonía y se aplican en circunstancias diversas.

Otras veces, las aparentes contradicciones provienen de la escasa fijeza con que se aprendieron determinados refranes: «Más quiero ser de vieja rogada, que de moza desdeñada» dio lugar a la variante «Más quiero ser de moza rogada, que de vieja desdeñada». Idéntico origen tuvieron algunos que parecen cuestionar a otros anteriores, como «Mal para quien calla y peor para quien habla» y «Mal para quien habla y peor para quien calla», o «Más vale ser cabeza de ratón que cola de león» y «Más vale ser cola de león que cabeza de ratón».

J. Fernández-Sevilla concluye que la veracidad o falsedad de los refranes, que por sí mismos no son ni verdaderos ni falsos, se encuentra en relación con su adecuación a la situación concreta en que se utilizan: «De la adecuación de dicha formulación a las circunstancias particulares con las que se la relaciona, dimana la *verdad* del refrán. En realidad, los conceptos de *verdad* y *falsedad* no resultan aplicables a los refranes [...]. Y es que los refranes, por lo común, no expresan verdades metafísicas, sino que reflejan hechos de la realidad y de la experiencia; y éstas son multiformes y cambiantes. De ahí que existan parejas de refranes, cada uno de los cuales expresa exactamente lo contrario que el otro, puesto que son el resultado de encontradas perspectivas desde las que se ha enfocado la realidad» (1983: 210).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CASARES, J. (1993): *Introducción a la lexicografía moderna*. Madrid: CSIC (3ª ed.).

CHATMAN, S. (1965): *A Theory of Meter*. La Haya: Mouton.

COMBET, L. (1971): *Recherches sur le "refranero" castillan*. Paris: Les Belles Lettres.

CORREAS, G. (1627=1992): *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*. Ed. de V. Infante. Madrid: Visor.

DÍAZ PADILLA, F. (1985): *El habla coloquial en el teatro de Antonio Gala*, Universidad de Oviedo.

FERNÁNDEZ-SEVILLA, J. (1983): «Presentadores de refranes en el texto de *La Celestina*», *Serta Philologica F. Lázaro Carreter*, I, Madrid, Cátedra: 200-218.

---- (1985): «Consideraciones lexicológicas y lexicográficas sobre el Refranero», *Estudios románicos dedicados al Prof. Andrés Soria Ortega en el XXV aniversario de la Cátedra de Literaturas Románicas*, I, Universidad de Granada: 89-99.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1953=1993): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Hernando.

RODRÍGUEZ MARÍN, F. (1926): *Más de 21.000 refranes castellanos no contenidos en la copiosa colección del maestro Gonzalo Correas*. Madrid: Tip. de la *RAByM*.

SACRISTÁN, F. (1907 y 1912): *Doctrinal de Juan del Pueblo*. Madrid: Murillo, 2 tomos.